



LOS DERECHOS ESPECIALES DE GIRO

Prolongada por el «affaire» Schweitzer y desarrollada bajo una atmósfera de moderación y compromiso —nacida de los momentos pre electorales que viven tanto los Estados Unidos (elecciones presidenciales), como Francia y la República Federal Alemana (comicios legislativos)—, la reciente Junta de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional, celebrada en Washington, ha venido a constatar una vez más la necesidad de llevar a cabo una profunda reforma del sistema nacido en julio de 1944, en Bretton-Woods. Frente a las esperanzas de quienes con un ingenuo optimismo aguardaban resultados espectaculares que trajesen un «happy end» a la aguda crisis del sistema monetario, la reunión del FMI no presenta como balance final sino un inventario de las medidas que en un futuro más o menos próximo tendrán que ponerse en práctica como condición imprescindible para salvar lo salvable o, más exactamente, para darle nuevos impulsos a un sistema que se halla estancado, en un «impasse» auténtico, desde hace ya algún tiempo.

Cuando, en 1971, los Estados Unidos suspendieron la convertibilidad del dólar —Nixon dijo entonces: «Hemos de dejar de luchar con una mano atada a la espalda»—, el sistema monetario recibió una estocada mortal. Sin embargo, tal sistema se hallaba enfermo casi desde sus mismos orígenes. En Bretton-Woods se configuró un mecanismo hecho a imagen y semejanza de la situación internacional en el mundo capitalista, como consecuencia de la segunda conflagración mundial, y que correspondía a la nueva relación de fuerzas resultantes. El plan elaborado por lord Keynes —considerado como más racional y que incorporaba principios bancarios supranacionales— fue rechazado durante unas negociaciones llevadas casi directamente entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, mientras que se aprobó con ligeras modificaciones el plan White, lo que permitió al dólar y a la economía norteamericana convertirse en el centro vital de todo el sistema monetario. No estaba previsto, no obstante, un giro en la situación de las relaciones internacionales. Las continuas oleadas inverosímiles USA en el Viejo Continente, la subsiguiente reconstrucción económica de Europa y la carrera armamentista, unida a la escalada en la guerra de Vietnam, cambiaron de manera sustancial el panorama, y las crisis del sistema se hicieron cada vez más continuadas a medida que los Estados Unidos veían menguar su poder económico.

Desde 1958 —aunque hay observadores que fijan la fecha en el último trimestre de 1949—, los Estados Unidos sufren un crónico y grave déficit en su balanza de pagos, que, por ejemplo, en 1970 alcanzó la cifra de 10.000 millones de dólares, lo que supone que sus reservas de oro pasasen de estar próximas a los 23.000 millones de dólares a situarse en menos de once mil millones de dólares. Consecuencia de tal déficit fueron las aceleradas con-

vulsiones del dólar, cuyo mantenimiento como moneda de reserva durante los últimos años hizo posible que los Estados Unidos exportaran una inflación crónica también al resto de los países capitalistas. En palabras de Ernest Mandel, la contradicción del dólar como instrumento anticíclico en Estados Unidos y el dólar moneda de cuenta en el mercado mundial, se hizo insuperable. Por otra parte, la deterioración del sistema monetario empujó al FMI a la adopción de medidas tales como el establecimiento de los créditos «swap», «stand-by» y los «bonos-Rocosa», que no fueron otra cosa que parches demasiado pequeños.

En Washington, como hemos dicho, no se llegó a ninguna solución espectacular, sino a un mero inventario de fórmulas que han de ser estudiadas por el ya oficialmente creado «Grupo de los Veinte» para su próxima aplicación. De alguna de estas medidas se desprende, con todo, que si la necesidad de reformar el sistema monetario —carente en la actualidad de gran operatividad y reflejo fiel de las contradicciones capitalistas— se sitúa por encima de las conflictivas tesis de los componentes del FMI. Los años venideros probablemente vean (muy a pesar de Giscard d'Estaing, Ruffé y otros franceses, y de no pocos monetaristas norteamericanos) al oro y al dólar convertidos en la práctica en «bárbaras reliquias», sin demasiada utilidad en el mundo de los pagos internacionales.

En este sentido, las autoridades monetarias, después de haberlo propuesto el ministro norteamericano del Tesoro, George Schultz, se han mostrado de alguna manera unánimes en torno a la sustitución progresiva del dólar por los denominados «Derechos Especiales de Giro», a los que se pretende reforzar hasta llegar a convertirlos en base del sistema monetario, y como consecuencia de lo cual, la moneda USA pasará a ser una moneda igual que las demás, desde un punto de vista cualitativo. De esta forma, el FMI ha vuelto a poner sobre el tapete un tema que venía siendo objeto de estudio desde hace varios años y que había recibido también tanto las alabanzas más complacientes como las más abiertas críticas.

Fue Kennedy quien, en 1961, planteó la necesidad de incrementar la liquidez internacional —cuya insuficiencia constituye uno de los problemas más graves del sistema monetario— a fin de que, creando algún nuevo mecanismo, no se dependiera exclusivamente del aumento de la producción de oro y del juego de las monedas en reserva. Después de una serie de trabajos realizados por el Comité de Política Económica de la OCDE y el Banco Internacional de Pagos de Basilea, se llegó a la reunión de gobernadores del FMI en Río de Janeiro —septiembre de 1967—, en la que, tras la modificación de varios preceptos del Convenio de Constitución del Fondo, se aprobó el proyecto de los «Special Drawing Rights» (SDR) o «Derechos

Especiales de Giro» (DEG). En esencia, los DEG son simples partidas contables en una cuenta especial llevada por el Fondo, asignados a cada país afiliado en proporción a su respectiva cuota, y que, normalmente, sólo podrán ser usados por un Estado si tiene déficit en su balanza de pagos o está perdiendo divisas. El esquema de los DEG, si se pone en marcha, una vez limadas las diferencias existentes en torno a él, puede proporcionar el aumento de la liquidez internacional, según algunos economistas, aunque para otros posee poderes inflacionistas o, como apuntaba Milton Friedman en 1969, se halla obsoleto.

En la reciente reunión del Fondo hubo cierto «consensus» en torno a problemas tales como la necesidad de mantener el sistema de paridades fi-

jas, aunque con una mayor flexibilidad, etcétera, y, como no podía ser menos, también se puso en evidencia la disparidad de las tesis francesas y norteamericanas acerca de la conversión de las actuales reservas, si bien y en última instancia prevaleció la aceptación de una futura reforma basada en las líneas citadas. Esta reforma, sin embargo, no se iniciará con muchas prisas, ya que tendrá que esperar a la reforma previa del comercio internacional —propuesta por Nixon— y a que se salde el déficit de la balanza de pagos norteamericana, que, a pesar del recorte de su moneda y de la amplia campaña de promoción de exportaciones, ha registrado un sensible empeoramiento en el presente año. ■ R. V. P. G.

R. F. A.

EL EMIGRADO BRANDT

Un periódico conservador alemán acaba de describir lo que, en opinión del articulista, va a suceder el 19 de noviembre próximo: «Disgustado por la derrota que le han infligido los electores, y consciente de que su carrera política está acabada, Willy Brandt se retirará a Noruega, de donde salió, después de acabada la guerra, para conquistar el poder».

Estas palabras pueden dar idea del encarnizamiento y la baja de una campaña electoras que será, sin duda, la más dura que ha conocido hasta la fecha la República Federal. (Los social-demócratas dispondrán para su campaña de una suma de doscientos millones de marcos, es decir, unos cuatro mil millones de pesetas.)

Los empresarios han tomado claramente partido contra Willy Brandt. Uno de sus representantes ha declarado: «El canciller es un hombre relativamente razonable, pero los jóvenes social-demócratas que le rodean y cuya influencia crece cada día, quieren acabar con el régimen de libre empresa».

La Iglesia católica, cuya influencia sigue siendo grande en Alemania, no le tiene tampoco más simpatía al dirigente social-demócrata. En una circular confidencial dirigida a sus fieles por un dignatario de la Iglesia podemos leer, por ejemplo, lo siguiente: «Willy Brandt no ha hecho nada —y esto es lo menos que se pueda decir del canciller— en defensa de los valores de la civilización cristiana».

Pero hay algo más grave aún: El ex ministro de Economía y Finanzas del canciller, Karl Schiller, antes «locomotora» electoral de los social-demócratas, se une a los adversarios de Willy Brandt. Tras haber presentado su dimisión del Gobierno y del partido, Schiller ha declarado: «Willy Brandt renuncia a los principios de la economía de mercado en favor de otras soluciones de tipo dirigista».

Para Willy Brandt esta acusación es grave, pues recoge los temas esenciales de la campaña montada contra él por los dirigentes cristiano-demócratas, Rainer Barzel y Franz-Josef Strauss, y tal vez pronuncia una próxi-

ma adhesión del ex ministro de Economía a la CDU. La adhesión de Karl Schiller al partido cristiano-demócrata privaría a los social-demócratas de un gran número de electores moderados que se apartaron en 1969 del partido conservador para dar una oportunidad a una social-democracia que llevaba ya demasiado tiempo alejada del poder. Y, sin embargo, Willy Brandt ha tratado por todos los medios de complacer a este sector del electorado. Su afán constante ha sido moderar las reivindicaciones sindicales. Respetuoso hacia los poderes establecidos, temeroso de toda audacia, el canciller no ha querido sacar de los cajones las proyectadas reformas de la enseñanza, la legislación fiscal y las estructuras industriales. ¿A qué se debe, entonces, ese odio extraordinario que provoca Willy Brandt y que lleva a algunos periódicos conservadores a insultarle y calumniarle?

«La burguesía alemana —ha escrito recientemente un sociólogo— no ha podido jamás superar su profunda aversión hacia una social-democracia en la que siempre ha visto, no tanto una amenaza para su poderío cuanto la expresión de una fuerza liberal tendente a modificar, aunque sea ligeramente, el rostro del país».

¿Ejemplos? Barzel y Strauss han considerado humillante el gesto de Willy Brandt arrodillándose en Varsovia ante el memorial judío. Tampoco han apreciado más su «liberalismo» frente a la juventud alemana. Sobre todo, nunca le han perdonado el que emigrase a Noruega en plena guerra; es decir, según ellos, «en un momento en que se jugaba el destino del país».

Habiendo perdido la mayoría en el Parlamento, habiendo sido objeto de la traición de algunos de los suyos, ¿será también postergado Willy Brandt por los electores alemanes? «De hecho —afirma un comentarista político—, se trata de saber si el pueblo alemán desea conservar un Gobierno que refleja una corriente liberal o si quiere, por el contrario, volver al conservadurismo tradicional. Y esto interesa no sólo a Alemania, sino también a sus vecinos». ■ GERARD SANDOZ.

Cuando yo era un párvulo (¿he dejado de serlo?) me asustaban en el colegio con la posibilidad de una aparición punitiva del señor Gil Robles. El borrón en el cuaderno donde hacía las primeras letrujas, el exceso de charla con el compañero de banco, se atajaban con la amenaza de la maestra: «Si

eres malo, vendrá Gil Robles y te llevará». A los amiguitos que iban a la escuela vecina, les amenazaban con la furibunda irrupción de don Manuel Azaña. A ellos les explicaban que Azaña tenía cuernos y rabo. En mi escuela no eran tan tremendistas: no había aditamentos para Gil Robles. En el jardincillo nos intercambiábamos informaciones acerca de nuestros espantajos. ¡Eso sí que era enseñanza politizada!

Lo que son los reflejos condicionados... Hoy, que he pasado de la edad provecita, no consigo oír el nombre de Gil Robles con tranquilidad. Hace poco le encontré en una comida de las que se llaman políticas, y lo que debía haberme parecido simplemente un bondadoso y tranquilo anciano de recta palabra, me produjo taquicardia. Leo ahora sus declaraciones al «Noticiero Universal»: no en vano dejo de decirme que si viviese aún mi maestra —cosa que no creo, debido a los históricos sucesos que se produjeron después con una solución manifiestamente inversa a lo que creo que debía ser su mitología personal— aprobaría, sin duda, las sabias doctrinas de este antepasado, en busca de políticos que garanticen la vía hacia «un sistema auténticamente representativo y democrático sin apelaciones deformantes»; políticos «que no tengan miedo a la opinión bien informada y que busquen, por el contrario, una efectiva fiscalización de sus actos; que rijan con austeridad y publicidad los caudales públicos: que estén empapados de la idea de que el cargo público que se ocupa no es un derecho personal que hay que defender a toda costa con egoísmo desmoralizador, sino una carga pesada que se soporta con generosidad y con renuncia...». En vano leen estas palabras mis ojos que, diminutos, vieron en la Puerta del Sol el gran carte-



«¿QUE VIENE GIL ROBLES!»

negro». ¿Era el señor Lerroux ese modelo de político austero capaz de regir los caudales públicos? En vano leo, recuerdo, trato de documentarme. Ya no entiendo nada. Claro que el señor Gil Robles está hablando de los políticos «del mañana» —como dice la encuesta— y no de los del ayer. Pero, ¿en qué tiempo está emplazado el señor Gil Robles? ¿En el ayer, en el hoy, en el mañana? ¿El tiempo es un continuum? ¿Soy yo el que pasa y el tiempo —Cronos, Saturno, Gil Robles— el que permanece? Algo he visto de esto en el teatro: Priestley, Lenormand. Quizá «La vida es sueño». Segismundo, que entra y sale de su caverna —¿qué resonancias políticas trae la palabra caverna!— sin saber bien lo que es sueño, lo que es realidad: Segismundo asiste a la política de su tiempo —con qué cuidado la situó Calderón en Polonia...—, de la que él es hijo y protagonista, y no sabe si está en ella o fuera de ella. La política, ahora, se hace de cuando en cuando onírica. Me tiendo en el diván del psicoanalista y hablo. ¿Me escucha usted bien, doctor Freud? El doctor Freud me explica —como puede— lo que es el «déjà vu», el «déjà vecu»...

Y yo me voy adormeciendo...
... Estoy otra vez en el banco de la escuela. Voz de la maestra: «Si hablas demasiado, vendrá Blas Piñar y te llevará»; y grita otra maestra: «Y si no, vendrán los maoístas y te drogarán...». Y yo me esfuerzo en hacer bien rectos mis palotes, me esfuerzo en que mis letrujas no digan más que lo que me dicta la maestra. Porque quizá no vengan nunca los espantajos; bastará con que ella misma avance hacia mí con su palmeta para hacerme callar.

¿Hace cuarenta años? ¿Hoy? ¿Mañana?

El tiempo, decía Einstein, es una abstracción... ■

POZUELO